



CUADRO II. — VISTA DE GRANADA

APUNTE DE MURIEL

LA TEMPRANICA

ZARZUELA EN UN ACTO Y TRES CUADROS, LETRA DE JULIÁN ROMEA, MÚSICA DE JERÓNIMO JIMÉNEZ
ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA EL 19 DE SEPTIEMBRE

No se mostró la crítica muy satisfecha de esta producción del distinguidísimo actor, á pesar de la predilección que por su persona sienten cuantos cultivan el teatro; pero no debían de ser muy justos aquellos reparos, puesto que *La Tempranica* sigue representándose y ha llevado más de cien veces al teatro de la Zarzuela público que la aplauda.

Trátase de los amoríos de una gitana granadina, fresca y perfumada como aquellas vegas y aquellos montes, con un conde de la famosa ciudad andaluza. Conocióla don Luis merced á un accidente cinagético, y sin dar á conocer su posición ni su estado, tuvo fugaces amores con *María la Tempranica*, en cuyo corazón de dieciocho años produjo tal efecto aquel buen mozo de elevada alcurnia y finísimos modales, que ni la desaparición del galán ni su silencio, ni los propósitos matrimoniales de un su igual, lograron apartarla de aquella que-
rrencia

Por una casualidad, y contra la voluntad de don Luis, la *Tempranica* se entera del paradero accidental de aquél y acude á verlo. Don Luis la persuade de que se case con el que la corteja, y ella se retira resignada con la promesa de que él no ha de olvidarla.

Todo quedaría arreglado, si por otro incidente casual, y van tres, no volvieran á encontrarse la gitana y el conde; pero otra vez, y van tres, él se defiende y ella se resigna á sustituir al noble apuesto por Miguel, *El Lolito*.

Mas la *Tempranica* se entera de que don Luis es conde y casado, y á esto ya no se presta. Pase que no sea de ella; pero ser de otra ¡eso no! Acompañada de su hermano *Grabic*, un pilluelo de mucha gracia, va á Granada, se mete en casa del conde y cuando se apercibe á darle un escándalo, ve á su hijo, un chiquitín muy mono, y se arrepiente de sus malas intenciones y de aquel amor imposible. Da un beso al niño diciéndole: «¡Tú me has quitado de zé vengativa!», y huye cantando la copla, *temotie* de la obra:

Tempranica me llaman,
quizá lo son:
no pa las alegrías,
sí pa las penas.

—¡Pobre muchacha!—exclama el conde haciendo coro á la condesa, que ha oído á lo lejos la copla gitana, se oye ruido de cristales rotos por una pedrada de *Grabic* al batirse en retirada, y acaba la zarzuela frustrándose á la vez el idilio soñado por la *Tempranica* y la tragedia temida por don Luis.

El asunto, como se ve, es, dada las proporciones de la obra, bonito y original, pues no creemos pertinente la tacha que á su originalidad se pone por los que recuerdan que también *Zaré* desiste de molestar á un amante por conocer aquella á la hija de éste. Ni el caso es el mismo, ni es *Zaré* la primer obra teatral en que se emplea semejante recurso de notoria y conmovedora delicadeza.

No hay derecho tampoco á ser muy exi-



Mister James, SR. CUERRA

nillo callejero vulgariza, pero no conserva. Un coro inicial, una canción de *Gracie*, un dúo de la *Tempranica* y don Luis, y otros dos coros son todo lo que para el libro de Romea ha escrito Jiménez, y en ello hay de sobra para conocer la marca de su talento musical, en que la inspiración y el *savoir faire* van de la mano.

Sabido es que este maridaje que constituye los verdaderos poetas del pentágono escasea bastante entre nuestros compositores. Tienen unos la inspiración; pero les falta arte para realizarla, y otros que dominan éste con plena soberanía no han recibido aquel don del cielo que se llama inspiración, á pesar de ser tan abundante la vena de nuestra poesía popular *musicable*.

La Tempranica se ha señalado por una «crisis de tiempos», uno de esos acontecimientos de bastidores que forman el entretenimiento predilecto del mundo teatral. La señorita Segura, llevada á la Zarzuela para crear *La Tempranica*, la abandonó apenas creada... ¿Por qué? Vientos de Fronda... batallas de damas... ¡Cualquiera sería capaz de establecer las verdaderas causas de estas crisis ruidosas! Lo cierto es que la señorita Segura fué sustituida por la señorita Franco, y que *La Tempranica* ha seguido en el cartel sin hundirse el mundo ni temblar las esferas.

El distinguido escenógrafo Muriel ha pintado para esta zarzuela decoraciones de gran efecto. Del dibujo de una de ellas da idea el primer fotograbado de esta información. Del color hay que hacer todo elogio.

Suelen nuestros escenógrafos olvidarse de que las leyes de la perspectiva no han de influir solamente en el dibujo, sino también en el color, y por esto pintan últimos términos con el mismo tono y la misma intensidad que los primeros. El señor Muriel no ha incurrido en este yerro en las decoraciones pintadas para la *Tempranica*, y su éxito ha sido uno de los más justos que con esta obra se ha conquistado.



Don Luis, SR. SIGLER, Y Condesa, SRTA. HIDALGO



gentes con los autores de estas obrillas en un acto en punto á verosimilitud y absoluta originalidad, y mucho menos en lo que se refiere á la solidez de los caracteres. Pues no faltaba más sino que con tales obras por tal aspecto se hiciese escrupulosa una crítica que se resigna con toda enormidad y falsedad en dramaturgos hechos y derechos como logren éstos disimularlas bajo la prosa relampagueante ó con el verso que suena bien, aunque sea á fuerza de amontonar á barrisco ripios y cascotes.

La idea es bonita, y si la obra es endeble, no puede atribuirse sino á ciertas flaquezas en su desarrollo y á que no ha sido esta vez muy pródigo el donaire de Julián Romea. El primer cuadro es muy animado, el segundo muy lánguido y el tercero muy breve, no habiendo proporción entre la iniciación del espectador en el asunto y el desenvolvimiento de éste, ni siquiera ilación entre los cuadros, sobre todo entre el primero y el segundo, que están arbitrariamente unidos.

Escasea, además, el chiste, especias indispensables al buen condimento de tales platos, pues no pretenderá Romea que tomemos por muestras dignas de su gracejo las salidas de tono del magistrado jactancioso ni el lenguaje imperfecto del inglés aficionado á las costumbres populares.

Por otra parte, el *eryot* gitano que Romea maneja muy bien, se hace pesado, y el mismo Eduardo Malacio, que tan ingeniosamente lo cultivaba en las revistas de toros que suscribía *Sentimientos*, no lograba salvarse de la fatiga de sus lectores. En la escena el cansancio viene mucho más pronto, y más si el desconocimiento del gitano por los actores los lleva á caer en exageraciones peligrosas.

Tiene esta obrilla, como muchas de sus congéneres, sus puntos y ribetes de ternura. *La Tempranica* es una gitana muy distinta de lo que de tales gentes bravías se imagina. Su pasión, con todo y con ser tan vehemente, es apacible, y la desarma una palabra dulce del

amante desdénoso ó una sonrisa inconsciente de un niño dormido. No es eso lo que la gente entiende propio del temperamento rudo y aventurero del gitano, pero es bonito, es delicado y esas puntas de poesías hallan agradable acogida en el público presaioco de nuestros días.

Esta tendencia *pleurnicharde* ó llorona del teatro por horas va produciendo ya verdaderos estragos, porque en épocas de decadencia moral adquiere el sentimentalismo todo el influjo que pierden los nobles y honrados sentimientos humanos. Andan éstos muy de capa caída, y como los autores han visto, desde *La catedral de la Paloma* para acá, que eso agrada á las muchedumbres, lo simulan con ese sentimentalismo, ternuras y delicadezas de hambalizas abajo, que conmueven ¡todavía! á los espíritus ingenuos.

El pueblo sale poetizado y enaltecido, ya sea una gitana granadina, ya un golfo madrileño, y ello tiene sus inconvenientes morales, pues siempre será más peligrosa una *Dama de las Camelias* que una *Zazá*, ponemos por ejemplo. Acaso sea ésta una nueva forma que el espíritu democrático adopta para su lucha contra la reacción, porque sabido es que hoy se toma por democracia, no el predominio del pueblo en el propio gobierno, sino la privanza de las masas en la retórica misericordiosa de la oratoria igualitaria.

Poco irá ganando el pobre pueblo de que á tales artes se fie el alivio de sus dolores. Más habían de ganar buscando el camino de la persuasión con la pintura sana y realista de lo que es y de lo que padece, que solicitando la misericordia olvidadiza del egoísmo en el poder siempre, mediante esos cuadros contrahechos.

La música del maestro Jiménez es digna de este inspirado compositor, que si lograra vencer su pereza, podría legar á la posteridad obras de gloria más durable que las de estas *particellas* que el orga-



La Tempranica, SRTA. M. FRANCO



Grabié, SRTA. MESA